

**HABLAR DE PAUL ESTRADE  
DESDE LA PERSPECTIVA DE PARÍS VIII**

**DANIÈLE BUSSY GENEVOIS**  
(Universidad de París VIII)

Otra imagen lejana se me impone primero: la del estudiante de La Sorbonne, ya reconocido por el grupo, y que siempre daba la sensación de ir a cumplir con alguna tarea urgente pero también con total conciencia de saber adónde iba; es difícil entenderlo para quien no haya participado en la fundación del «Centro experimental de Vincennes», una de las consecuencias educativas más ambiciosas de mayo de 1968, y que para él, fue y sigue siendo –con otro nombre y otra implantación geográfica– el marco de su dedicación universitaria. Después de un traslado autoritario a Saint-Denis a finales de los setenta, la Universidad es otra y la misma al mismo tiempo, Universidad de París y de las afueras, orgullosa de su potencialidad intelectual y de su interdisciplinaridad; la misma terquedad que demostró París VIII en hacerse reconocer por una ciudad exigente de larga tradición obrera y emigrante, fue manifestada por Paul Estrade al abrir el camino de los estudios caribeños al interior de una fulgurante colectividad de filósofos, historiadores y literatos.

Otros colegas pudieran traer a colación varias anécdotas de aquellos años: la fundación, las asambleas generales, los enfrentamientos ideológicos de todas las izquierdas; y el asentamiento del Departamento de Estudios Hispánicos, que le permitió reivindicar la especificidad del americanismo, o mejor dicho, del cubanismo madurado a la luz de la revolución castrista. Y cuando, años más tarde, el colectivo universitario le manifestó su estima al elegirle miembro del Consejo de Administración se alegró para encontrarse rápidamente presa de dos lealtades: se acercaba la conmemoración de la muerte de José Martí y Paul decidió entonces recorrer los países en donde había que hablar del revolucionario a quien había dedicado la tesis doctoral.

Puede que, entre las diversas tareas desempeñadas en París VIII, sea justo destacar las a priori menos ostentosas, o si se quiere, las menos conocidas fuera del ámbito del tan particular sistema universitario francés: la

presidencia de la «Comisión de especialistas» y la responsabilidad del «DEA» (primer año del doctorado). La «Comisión» —encargada de la elección de los nuevos profesores titulares y catedráticos de Estudios hispánicos y románicos— significó para Paul demostrar su espíritu equitativo y una clara percepción de la difícil democracia universitaria. El «DEA» le permitió a la vez orientar la formación de los doctorandos, creando una generación de especialistas del Caribe, que le rinde homenaje con este volumen, y unir investigación y docencia: la colaboración que mantuvo con el Centro de Investigaciones en Literatura, Lingüística y Civilizaciones Románicas, incitó a esbozar las líneas del Seminario interdisciplinario dedicado durante cinco años a la cuestión del Estado; en el DEA, co-responsable del seminario «Nación y sociedades», supo hacer coincidir el ideal de la «Nación soñada» por Cuba y Puerto Rico con el análisis y el estudio cotidianos.

Pero hablar de Paul Estrade es, ante todo, hablar de unas raíces y de un doble enraizamiento: en la tierra de Corrèze —¿habrá lugar más alejado del mar?— y en las islas del Caribe. La restitución metódica, exigente, sabia de la historia martiana, y de la de su propio pueblo, posiblemente forman parte del mismo movimiento de investigación, compromiso y respeto por los hombres en lucha.

Al primer libro dedicado al pasado de Soudeilles sucedió la historia del campo judío olvidado, instalado por los nazis en el pueblo, y, recientemente, el proyecto de un libro colectivo sobre los campos republicanos españoles de Corrèze. Después de Martí, Betances. Ya no hay paradoja en el doble enraizamiento sino una total coherencia: algo como la evidencia de dedicar una placa de mármol al recuerdo del exiliado Betances en la parisina calle de Chateaudun.

En julio de 1936, pocos días después del golpe militar contra la Segunda República, el Concejo municipal de Soudeilles envió al jefe del gobierno español, José Giral, un telegrama que animaba a la resistencia; entre los firmantes se encontraba el futuro alcalde, Antoine Estrade, padre de Paul. Otra coherencia. O la misma: esbozar una cadena de compromisos y luchas.

«*Decir es hacer*», en palabras de José Martí.